



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año 1 | Número 3 | Diciembre 2020

Un aporte critico a la crisis de nuestro tiempo desde el pensamiento situado de Rodolfo Kusch

Roberto H. Esposto ¹

r.esposto@uq.edu.au

¹ Docente e investigador australiano, nacido en Córdoba, Argentina. Actualmente es profesor en la cátedra de español y estudios latinoamericanos en la University of Queensland (Brisbane), Australia. Es académico de la Academia Argentina de Letras. Es autor de libros y artículos publicados en revistas científicas internacionales sobre literatura argentina y pensamiento crítico latinoamericano. Su más reciente publicación es un extenso estudio titulado "Rodolfo Kusch, actualidad de un pensamiento americano. Lecturas y reflexiones" (Buenos Aires: Biblos 2018).

La crisis ambiental que vivimos y que padecemos hoy pone en peligro la vida misma en el planeta Tierra, en su totalidad. El objetivo de este texto es el de exponer críticamente una serie de reflexiones sobre esta crisis, articuladas desde el pensamiento situado del filósofo Rodolfo Kusch (1922-1978). Un punto fundamental que deseamos abordar como idea-fuerza causante del presente (des)orden de cosas, es la nueva etapa que ha alcanzado la racionalidad de la



modernidad/colonialidad que ya es insostenible, así como el modelo de desarrollo neoliberal del cual se nutre. Por lo tanto, estas reflexiones desean contribuir a los espacios que se han venido dando a lo largo de los últimos años que proponen un abordaje de la presente crisis a partir de diálogos Sur-Sur, desde el sur global, donde el pensamiento situado de Kusch puede hacer valiosas contribuciones al respecto².

Cuando Eduardo Azcuy agrupó a intelectuales con motivo del décimo aniversario de la muerte de Kusch, en el libro *Kusch y el pensar desde América* (1989), esta publicación aparecía cuando se cerraba y se abría otro capítulo de la colonialidad generada por la modernidad occidental. Un periodo que prometía consolidar la hegemonía de la democracia liberal parlamentaria, abriendo así un mundo de inimaginables posibilidades para la plutocracia financiera con la expansión global del capitalismo de mercado, vigorizado por los avances científico-técnicos que han hecho posible la revolución cibernética. Esto era posible, ya que los Estados Unidos aseguraban, como única superpotencia militar mundial, el despliegue de un nuevo orden mundial llamado “globalización”.

² Esta es una versión actualizada y ampliada de la ponencia de apertura al IV Coloquio Internacional de Diálogos Sur-Sur en la Universidad del Estado de Pará, Belem do Pará, Brasil (20 al 22 de noviembre, 2019).

Durante los últimos diez años, en el mundo angloparlante, intelectuales liberales y conservadores, defensores empedernidos del Iluminismo, como Nial Ferguson en *Occidente y el resto* (2011) y Steven Pinker con *En defensa de la Ilustración* (2018) – haciendo eco del Dr Pangloss de Voltaire – nos aseguran ruidosamente en sus publicaciones que vivimos en la mejor época de la historia de la humanidad. Nos quieren convencer con números o con complejas fórmulas y tablas de estadísticas formidables, que estamos mejor que nunca.

Por cierto, estos intelectuales son ávidos defensores del modelo neoliberal de desarrollo imperante, que transfiere el control socioeconómico del sector público al privado (con las consecuencias que ya conocemos y vivimos diariamente). Nos certifican que estamos bien y hay que defender a toda costa la Civilización Occidental (anglosajona). Se nos asegura que la ciencia y los mercados nos van a solucionar todos nuestro males exteriores (de lo económico a lo ambiental) e interiores (de la ansiedad a la depresión y otros malestares psicológicos). Además, intelectuales de amplia difusión como Yuval Hoah Harari, autor de *Homo Deus* (2017), ya hablan abiertamente de que, gracias a la inteligencia artificial, la tan codiciada inmortalidad soñada a lo largo de la historia de la humanidad estaría al alcance y se podría convertir en un hecho en un futuro no muy lejano. De hecho, este tren de pensamiento hace posible con resignado optimismo que cuando ya sea inhabitable el planeta Tierra, seremos capaces de colonizar otros planetas en nuestro sistema solar, y hasta quizás más allá.

Es decir, este cuadro de intelectuales liberales occidentales, mayormente compuesto de científicos y hombres de negocios, se sirven de la ciencia para articular un relato pragmático y calculador, con el fin de justificar un orden mundial cuyo modelo socioeconómico y político tiene ya más de 40 años de vigencia.

Pero este discurso tiene la tonada de una música que ya hemos escuchado antes, y nos hace sentir cierto *déjà-vu*. La glorificación de la ciencia, la técnica y la mano invisible del mercado suena al entusiasmo por los tópicos dogmáticos liberales del siglo XIX: la “carga del hombre blanco”, el progreso

científico y técnico eran la vacuna para todos los males de la humanidad, así como de nuestras élites periféricas ilustradas que ansiaban alcanzar la modernidad europea y norteamericana. Todo esto tiene resonancias del positivismo spenceriano y comptiano, cuyo proselitismo pregonaba por la razón, la ciencia, el progreso y el humanismo con su consigna de Orden y Progreso.

En su apoteosis del liberalismo iluminista científico-técnico, este relato posee un punto ciego que hace omisión del imperialismo y de los crímenes que desencadenaron aquellos países que fueron la punta de lanza del Iluminismo burgués: Francia, Gran Bretaña, Alemania y hoy los EE.UU. Este relato sostiene que occidente generó todos los avances políticos, económicos, sociales, técnicos y científicos pero ninguno de los crímenes de la expansión europea en el mundo desde 1500. Con intensificada insistencia, el relato de la supremacía racial blanca se escucha con estridencia en países europeos y en la órbita anglosajona. Por cierto, no es de sorprender, pues siempre ha estado latente. De hecho, el auge del chovinismo nacionalista y populista en estos países corresponde a la nostalgia de un pasado imperial y colonial europeos que ha quedado en el pasado.

Por consiguiente, es obvio que este relato omite a los condenados de la tierra. Puesto de otra manera, según Walter D. Mignolo: “El colonialismo en general fue tomado como una necesidad y una solución para Europa, no como un problema” (Mignolo, 2015, p. 172). Para ciertos intelectuales, esta solución sigue siendo vigente para Occidente. Una buena ilustración de ello ha sido el reciente escrito del politólogo, Bruce Gilley, titulado “A favor del colonialismo” donde quiere convencernos de los beneficios, la contribución y de la necesidad del colonialismo para los propios pueblos colonizados así como para la modernidad occidental: “En los últimos 100 años, el colonialismo occidental ha tenido un mal nombre. Ya es hora de cuestionar esta ortodoxia. En general, el colonialismo occidental fue objetivamente beneficioso y subjetivamente legítimo en la mayoría de los lugares donde se encontró” (Gilley, 2017, p.1)³.

³La traducción del inglés es nuestra.

Este ejemplo es sintomático de la profunda crisis de vaciamiento de valores en occidente que, con sofismas, quiere reescribir la historia, y más gravemente hacer omisión de genocidios perpetrados por los poderes imperiales. El apelo al Iluminismo y a un pasado de gloria imperiales es sintomático de esta crisis. Occidente ha perdido su rumbo porque el principio de su modernidad se va desvaneciendo, es decir, la temporalidad teleológica de su utopía ya no apunta hacia el futuro porque no tiene qué ofrecer. Hoy, apunta hacia el pasado. Sin embargo, cuando occidente apunta hacia el futuro, es exclusivamente en el ámbito científico-técnico. Pero la ciencia no tiene valores. Nos da cosas pero no un sentido profundo de la existencia.

Por otro lado, las tecnologías que desarrolla la ciencia no son neutrales. Corresponden a una serie de patrones culturales, morales y éticos, situados en un espacio-tiempo concreto. En este sentido, Kusch arroja un haz de luz sobre la cultura y la tecnología al observar que: “La tecnología está entonces condicionada por el horizonte cultural donde se produce. Uno necesita una máquina para una determinada finalidad que se relaciona con el lugar, el tiempo y las necesidades de una determinada comunidad...Diríamos que no hay tecnología sin ecología cultural perfectamente determinada” (Kusch, 2008, p. 155). Es precisamente por ello que la tecnología que hoy manejamos a diario corresponde a un orden económico arraigado a una cultura capitalista de mercado, donde cada segundo de nuestras vidas tiene un valor monetario, cosificando así nuestras vidas.

Por tanto, las promesas neoliberales suenan decididamente vacuas cuando consideramos que, hoy, el mundo ha sido adueñado por una minúscula elite plutocrática que a través de la magia del marketing corporativo y un sistema de democracia representativa en crisis nos quiere embaucar con los beneficios deslumbrantes del consumismo omnívoro de chucherías, *gadgets* y servicios. Además, el relato que pregona la elite política y empresarial — hoy, casi indistinguibles— es un modelo económico que nos asegura que una acelerada concentración de riqueza y de capital va a redundar en más inversión, más empleo y más prosperidad para todos, gracias al “efecto goteo”.

Los cancerosos valores que se desprenden de este sistema reinante, y que ostenta y disemina por doquier la plutocracia que la defiende sin reparos, es la que define el filósofo afroamericano Cornel West:

El gobierno del Gran Dinero y su cultura de codicia y mendacidad ha envenenado nuestros corazones, mentes y almas de tal manera que un alma neoliberal dominante y de viveza de inteligencia, dólares y bombas prospera con poca oposición...La corrupción de las élites políticas y financieras en el país, y la cultura de distracciones masivas impulsadas por el mercado en internet, la televisión y la radio impulsan un derrumbe imperial ineludible, en el que el nacionalismo chovinista, las políticas plutocráticas y el cinismo de la cultura del espectáculo están fuera de control. (West, 2008)⁴

Los síntomas de esta situación están no solamente personificados en la figura bochornosa del presidente Donald Trump, sino, sobre todo, en la manera en que la clase política y la élite empresarial ha titubeado a la hora de enfrentar con decisión y con estudiada determinación los efectos de un virus que ha desencadenado una naturaleza agobiada por la superexplotación que le hemos impuesto. La clase política, condicionada por el ciclo electoral y el afán de poder, en muy pocos casos, a lo largo y ancho del mundo, ha sabido encarar con el apoyo de epidemiólogos y buen tino la pandemia a favor del bienestar de su población. La fe en una vacuna, producto del extraordinario genio investido por la especie humana en la ciencia y la tecnología, ha callado hasta ahora el hecho flagrante de que la causa cardinal del virus es debido a nuestra propia cultura de maltrato y abuso del mundo natural que no parece tener límites.

A esta altura, vamos a profundizar en las aportaciones que nos puede brindar el pensamiento kuscheano a la problemática que hemos venido abordando. Pues la crítica que queremos articular acá es desde el Sur, con el fin de contribuir humildemente a otra manera de comprender la realidad que habitamos hoy.

⁴La traducción del inglés es nuestra.

Por lo tanto, es precisamente aquí donde vale insertar la lectura que nos propone Azcuy del pensador de Maimará:

Rodolfo Kusch...perfila una encrucijada decisiva para nuestros países: asumir, preservar y revitalizar la identidad cultural...o exponernos al vaciamiento progresivo, la disgregación y el deterioro...La lección de Kusch conjuga una iniciación filosófica y un gesto vital...Su invitación a pensar a América y pensar, asimismo, desde América y en americano, lejos de constituir una presunción localista significa una reivindicación del pensar mismo concebido como acto genuino y universalizante. Por histórica paradoja ese pensar americano se convierte así, en esta hora de crisis para la humanidad, en un pensar para el mundo. (Azcuy, 1989, p.7)

Kusch nos sitúa en un lugar de enunciación desde el Sur, a partir del cual podemos percibir los profundos motores de la crisis que habitamos. Pues, en el fondo, la crisis que enfrentamos hoy no es tan ajena a la del fin del socialismo real, dos episodios sintomáticos que apuntan a algo mucho más profundo: seguimos aferrándonos a una modernidad que genera colonialidad y al “patio de los objetos”, a las cosas.

Kusch ya aludía a la crisis del comunismo en *Indios, porteños y dioses*, cuando precisaba que en las revoluciones rusa y china

[...] no se trataba de que las masas trajeran lo suyo a la revolución, sino de un neto aburguesamiento de las mismas después de la toma de poder. En este sentido no es de ningún modo extraño que hoy Rusia esté gobernada por una clase dirigente de corte pequeñoburgués [...] Y no es extraño tampoco que en China la revolución fue llevada a cabo por una clase media que usó las ideas comunistas para convertir a China en un país industrial y comercial. (Kusch, 1966, p. 130)

Esto abrió un proceso que hoy se concretó al apoderarse en estas sociedades la cultura del consumismo: “La misión histórica del comunismo pareciera consistir solo en extender las ideas de la Revolución Francesa y su consecuente idea de un *homo faber*, creador de cosas” (p.130).

Se trata, entonces, de la crisis de una cotidianidad que es la bisagra de un estilo de vida estadounidense que se ha globalizado y que el mundo angloamericano defiende a muerte, como así lo manifiesta el credo del Ejército estadounidense: “Yo soy un soldado americano, yo soy un guardián de la libertad y del estilo de vida americano” (US Army Soldier’s Creed). Es el estilo de vida del *homo consumens*, un ente entregado al trabajo con el fin de consumir en forma omnívora.

Dado este orden de cosas, impuestas desde el coloniaje del Norte, revalorizar el *estar* a comienzos del tercer milenio, en una contemporaneidad hipermoderna, es una herejía epistemológica y filosófica dado que, como propone Kusch, conlleva hurgar en un saber ancestral, puesto que “en América [...] se plantea ante todo un problema de la integridad mental y la solución consiste en retomar el antiguo mundo para ganar la salud” (Kusch, 1962, p. 196). Esta integridad mental implica sobre todo comenzar por privilegiar el *estar*, y por incorporarlo y asimilarlo en nuestra cotidianidad para menguar los efectos nocivos de una subjetividad colonizada y un estilo de vida volcado al *ser alguien* y al patio de los objetos. De ahí que nuestro autor privilegie la vida interior como la emocionalidad y el sentimiento, y no únicamente la racionalidad calculadora imperante.

Por ende, en lugar de *ser* para estar mejor, Kusch nos propone considerar que primero *estemos*. Nuestro autor puntualiza:

Vivir significa recorrer los senderos contradictorios entre el *estar* y el *es* para lograr con la meditación del juego la coincidencia feliz del fundamento. [...] La fórmula *estar-siendo* implica la paradoja de lo humano mismo, donde el obrar apunta al *es*, pero dentro de lo que ya está dado en lo impensable de lo que *está*. (Kusch, 1978, p.129).

Esta es la paradoja de la existencia americana y la manera en que los pueblos originarios han podido negociar su supervivencia a lo largo de más de 500 años. Es más, esta vivencia paradójica de los pueblos originarios, no sólo de América pero también en Australia, es otra lección que nos indica nuestro autor para fundar una forma de vida menos hecha de cosas y más hecha de

la pura vida. Es decir, el *estar-siendo* es un ideario vivencial de identidad americana, expresión de una ontología cultural mestiza.

Ahora bien, uno de las expresiones cardinales de lo que podríamos llamar el pensamiento ancestral y sureño de Kusch es el que se desprende del siguiente extracto de *América profunda*:

Una manzana cae porque se reintegra al suelo. Ha sido, ha madurado y luego se ha desprendido del árbol, para reintegrarse al suelo. Esta es una verdad y quizá la primera. Pero eso ocurre porque la realidad es un animal monstruoso, en donde todo lo que ocurre, sigue las leyes de la vida: nace, madura y muere. Por eso [Isaac] Newton fue un mentiroso. Vio caer una manzana y creyó descubrir las leyes de la gravedad. Mintió porque dijo que la realidad no es un animal, sino un mecanismo. Pero en América sabemos que él no tuvo razón. (Kusch, 1962, p.194)

La lógica empírica que Kusch critica en Newton con el ejemplo de la manzana precisa que la ley de la gravedad reducida simplemente a una ley física, escamotea su dimensión orgánica, relacional y biocéntrica de la misma. Interpretar el fenómeno de la gravedad exclusivamente como una ley de la física, es quitarle su dimensión más holística. Es decir, una fuerza cósmica integrada a una relacionalidad de interdependencias cíclicas de nacimiento, madurez y muerte.

Hoy, el pensamiento de Kusch nos ofrece unos planteamientos derivados de sus intuiciones al estudiar las culturas ancestrales andinas, que me atrevo a sugerir, son un aporte esencial a la problemática ambiental en nuestra era denominada como el antropoceno, aunque él no lo haya propuesto explícitamente como tal. Por tanto, el afán del hombre occidental de querer alterar su exterioridad para autopreservarse en detrimento del mundo natural es algo contraproducente e inútil, ya que el ciclo primigenio biológico vegetal es inalterable porque su fundamento es la relacionalidad. La presente crisis detonada por el Covid-19 es un ejemplo cardinal de esto. Observa nuestro autor:

Todo lo que hacemos es endeble y tiene la debilidad que le confiere el ámbito de muerte que lo rodea, como si fuera inminente la posibilidad de exterminio. Ya se trate de una nación, de una empresa o del amor, siempre serán cosas débiles. (Kusch, 1962, p. 209)

El equilibrio de los opuestos que es un entendimiento relacional de la vida en el cosmos es uno de los elementos fundamentales del pensar americano que destila Kusch. Es decir, *todo lo que existe coexiste*. Explica Kusch: “Lo profundo radica en saber que el americano en ningún momento considera que el caos, la muerte o el diablo puedan ser extirpados completamente” (Kusch, 1962, p.212). Esta manera de pensar corresponde a un modo de vida fundacional americano, cuya razón de ser es amparar el equilibrio, lo que se puede enmarcar en una especie de ética biocéntrica, pero que aguarda preservar un balance primordial para que acaezca el fruto, es decir la vida. Escribe Kusch:

[La] verdad está en el afecto, el amor mesiánico que se quiere llevar hacia afuera, para ayudar a la comunidad. Es el estado de fecundidad o simiente que no conoce el mercader, y que apunta por sobre este, y lo integra a uno con el fruto, que supera la oposición [...] Orden y caos se vinculan como si fueran amigos, dispuestos a luchar dentro de un drama, en cierto modo, sagrado. Como si los opuestos se dieran cita todas las noches para dar una función, la del equilibrio [...] La vida es un equilibrio entre orden y caos, entre los que es y lo que no es, porque no se puede impedir que el opuesto no exista. (Kusch, 1962, pp. 215-218)

Saturado como está el mundo de los valores burgueses del *ser alguien* que vivifica la hipermodernidad, lo que más se necesita es precisamente el *estar*. De ahí que propone nuestro autor su propuesta crítica desde América, con otro modo de pensar y vivir que seguramente sería tildado de atávico, aunque de hecho posea una imperiosa actualidad para nuestra crisis cotidiana aportando un giro que alumbre un camino, geoculturalmente contestatario, hacia otro tipo de interioridad y de vida. Asegura Kusch:

[Lo] peculiar de América, eso que yace en lo más hondo de ella, es su profundo *estar*, algo así como *dejarse estar*, [...] en Bolivia o en Perú o en el Norte

argentino [...] Y nosotros estamos en un ritmo opuesto, una especie de *ser alguien* competitivo y creador [...] Ese *mero estar* de América implica soluciones políticas y económicas contrarias, como comunidad, y economía del amparo en oposición a una economía liberal del desamparo. (Kusch, 1966, p.136)

Hasta el día de hoy, queda sin respuesta el apremiante interrogante que nos propone nuestro autor: “¿Y vamos a asumir esa característica y hacerla propia?” (Kusch, 1966b, p.136). Debido al imprevisto curso que ha tomado el mundo por la pandemia detonada por el COVID19, que multiplica vertiginosamente las nefastas grietas causadas por un sistema neoliberal que pone en jaque la vida humana en el planeta, la pregunta que nos dirige Kusch es, hoy, un imperativo apremiante para el mundo.

Bibliografía

Gilley, Bruce. (2017) “The case for colonialism”, *Third World Quarterly*: <http://dx.doi.org/10.1080/01436597.2017.1369037>

Kusch, Rodolfo. (1962). *América Profunda*. Buenos Aires, Hachette

Kusch, Rodolfo. (1966). *Indios, porteños y dioses*. Buenos Aires, Stilcograf.

Kusch, Rodolfo. (1978). *Esbozo de una antropología filosófica americana*. Buenos Aires, Hachette.

Kusch, Rodolfo. (2008). “Cultura y época”, en *La negación en el pensamiento popular y otros textos*. Buenos Aires, Las cuarenta.

Mignolo, Walter. (2015). *Habitar la frontera. Sentir y pensar la descolonialidad* (Antología, 1999-2014), Barcelona, CIDOB.

US Army Soldier’s Creed: <https://www.army.mil/values/soldiers.html>

West, Cornel. (2018). "America is spiritually bankrupt. We must fight back together", *The Guardian*, domingo 18 de enero, 2018: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/jan/14/america-is-spiritually-bankrupt-we-must-fight-back-together>